PABLO DURÁN



DEL MEDIO RURAL
(Y OTRO CUENTO...)

eduvim

Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-01-2
© EDUVIM - Editorial Universitaria Villa María
© Pablo Durán
Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos
Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario “Leamos a Córdoba en su Literatura” del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM.
Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

DEL MEDIO RURAL

Minúsculo fuego. Quietud de las llamas.

El tiempo de las narraciones es el tiempo de la rutina, de las largas esperas entre siembra y cosecha, de la uniformidad de los años, ausencia de cambio, de la noche que sigue al día y del otoño que trae los ocres.

Sólo la gente altera.

Una voz, la voz de todos los que dan forma a la armadura imaginaria de los campos inmensos, nos dice la tierra.

No se puede perder.

Va por este camino hasta que tapa. Ahí, dobla a la izquierda y le pega derechito por el ripio hasta el cruce con el camino vecinal que viene del caserío abandonado. Lo va a ver a dos mil metros a la derecha, seguro va a ver brillar las chapas del silo, las pocas que le quedan.

El camino es un recuerdo de camino. Ni huella ni camino. Sólo no es yuyal donde se estanca el agua. Si encara alegre, la chata va a pasar. Después del caserío no sé bien qué va a encontrar.

Entonces, ¿iba a los terrenos de atrás del caserío?

La llama irreal no hace caso al viento.

Las voces se acomodan, se sientan, se levantan, van y vienen con sus dichos.

No es cosa buena.

La noche no es amiga del peón. Dicen que en la gran ciudad se desafía a la oscuridad. En el campo, el peón ha de dormir por las noches.

Este fuego que nos absorbe el sueño nos alarga la vigilia a fuerza de llamas y cuentos.

El peoncito de esta historia pretendió volver desde el poblado al puesto oeste de la estancia. Se pensó conocedor, y lo era: sólo que conocía los lugares que le mostraba el día. Cortó al cejo por el potrero de la laguna y, de tanto esquivarla, se metió en las isletillas de churquis.

La noche hizo de los ralos de espinillos una trampa de miedo y frío.

Por la mañana lo recogió un recorredor que, sin estar avisado, lo intuyó adormecido contra un tronco, aterido.

La noche advirtió una vez, y el peoncito, yo, sólo entra en la noche si es junto al fuego.

El viento arrastra las voces, aviva las historias. Gira en derredor del conjunto y se lleva las sueltas.

Las voces serán campo, tanto como el árbol lo es en su brotación y en su letargo.

Lavó primero las jeringas.

El vacunador, veterinario, aceptó y entró a la casa. Tenía hambre y ya se había lavado manos y antebrazos en la bomba.

En el comedor el humo leve delataba los bifes que se apucheraban sobre la plancha tibia.

–Ya casi no queda gas –dijo el puestero, mientras afinaba la vista sobre la llama de la cocina.

Ahí mismo giró hacia la garrafa y la movió decidido, sin que se escuchara ruido. Acotó:

–Está liviana.

Los bifes estuvieron bien. Acompañaron con tomate.

Hacia el final del almuerzo la charla derivaba en temas menores sobre algún viaje del visitante o cualquier tema que sacara del campo a los anfitriones. La mujer del puestero preguntó:

–¿Es verdad que los aviones vuelan por arriba de las nubes?

La luz parece venir desde atrás de las voces, que hacen sombra sobre la llama estática y tenue. Pero es negrura, cómo se explica, las voces son figuras del campo que las noches claras recortan.

Los recortes pasean por la extensión oscura.

Hay terneros que perfilan.

El animal no había nacido para ser estorbado por alambrados. Lo de-

jaron de encerrar los peones: decían que el rebelde entorpecía los apartes, que remolineaba la tropa en el corral, que quebraba las varillas.

–Darle espacio –sugerían al encargado.

–Hay que marcarlo y señalarlo –ordenó el encargado, que secreteaba con el patrón.

–Eso. Y vacunarlo después de cansarlo –se animó a decir el hijo del estanciero.

Ensillaron los troperos sus caballos, no para doblegar la tozudez del animal sino para darles con el gusto a los de a pie.

La llama se parece a la noche. Las sombras son contrastes de cerrazones de distintos matices.

Es una llama tibia y agónica que no consume leña ni voces.

Noche de calor.

El aire estaba espeso de humedad y mosquitos.

En la casilla no se descansaba hasta el próximo turno sobre el tractor; se esperaba, nomás.

Se duerme entrecortado en la época de siembra. Son unos dos meses de vigilia fuera de los puestos, migrando con la casilla y las herramientas. Se come bien: todos los días asado, del bueno o recalentado. Lo que no es carne a la parrilla es enlatado o fiambre, todo con cantidades descomunales de pan duro y de esa agua salobre y tibia del depósito de la casilla.

Pero no se duerme; se corta por momentos, entre turnos, la vigilia.

La desesperación nos llevó a veces a respirar el humo algodonoso de la combustión de rastrojos secos de la gramilla que fue pinchada por los cuerpos de rastra. Era dormitar en ese ambiente gris o batallar contra los bichos en lo más duro de la campaña.

Las figuras se retuercen con las formas de las sensaciones. La llama también, pero no hay viento.

Es un cúmulo de escenas, una quimera el campo.

Faltaba tensar el tiro del sur.

La torre del molino cambió la planicie. Como indicaba la costumbre, se afirmaba la torre con cuatro hilos de alambre que nacían de lo alto. Y que morían en nervios de acero, estacas improvisadas con hojas de cincel o láminas de elásticos de carros, tan enterrados que se hacían suelo.

Los hilos estaban discontinuados por un aislante en el primer tercio y por una torniqueta en el otro extremo. Dio un cuarto de vuelta despacio y después otro cuarto más, cuidando que el alambre brioso se acomodara prolijamente en el carretel de la torniqueta. Apuró. La amarra se volvió recta.

No esperó nunca que instantes antes de trabar el carrete un lonjazo de acero le marcara la cara.

La idea del suspenso los aquieta a todos: llama, viento, figuras.

Las figuras se reacomodan entre las historias. Son las ideas y el suspenso. Son la fuente de la quietud.

Enrolló la lengua de cuero y se marchó.

El vecino le asistía cuero crudo, armellas. Una vez le regaló unas tijeras y un martillo de goma. Y le pasó algo del oficio; después de todo tampoco era experto sino más bien necesitado de conocer pues trabajaba con la tropilla.

Ya en su casa, cebó mate.

Para no cansar los brazos, sobaba de a ratos el cuero contra el caño del cachimbo que daba a la aguada del potrero de al lado.

Clavó un extremo del cuero en una tabla de la galería y, afirmándolo desde la otra punta, sacó a cuchillo cuatro tientos no tan finos.

Trenzó correctamente. No era artesano, era tropero. Y quería un colgante para lo chico.

La trenza de una cuarta cerraba en ojales. Prendió las llaves, navaja y ruleta.

Llavó y se fue.

Las voces se propagan por el negro estrellado.

La idea de la tierra se deforma y rearma en el espacio de narraciones que envuelve a la fogata pálida.

La llama es una estrella del suelo.

El poste debía plantarse en medio del charco.

La línea del alambrado pasaba por un sector de bajos que no podía sortearse. El trazado lo indicaba. El alambrador marcaba al peón la recta uniendo la continuidad de postes ya en su posición definitiva. Habían dejado dos, uno que les importó limpiar un montecito, trabajo que encararon primero, y por último, el hoyo del bajo.

Es duro entrar al fango en invierno. El alambrador dijo "ahí", con un brazo en alto, desde atrás de uno de los postes de referencia, y "ahí" era un punto de cruce exacto con la línea, a media carrera entre los postes que flanqueaban el charco.

El peón marcó con la pala de punta, que quedó como una caña brillante que emergía del agua. Fue buscando la orilla, no percibía del todo las pantorrillas heladas. Subió un poco más el doblez de los pantalones y tomó otro trago. Necesitaba sentir los pies, era parte del trabajo.

Volvió hacia la pala, la alzó sin que pierda la vertical y dio la primera punteada.

La llama distrae a las voces, las agrupa, se hace mirar sin demandar atención, con medido encantamiento. Es el modo de la llama, moverse sutilmente para acallar algunas voces.

Siempre hay una figura que habla, la que no mira al fuego y espera al viento.

Tiró el armado encendido.

Era un atardecer frío y oscuro, conclusión de un día agotador. Sabía de memoria que el pasto seco no da tiempo, por eso mataba la brasita del pucho hundiéndola en la propia saliva que escupía en su mano. Pero el cansancio lo llevó al error y lo supo segundos después de la torpeza, si parecía algo infantil, estúpido.

Volvió la mirada hacia atrás y ya humeaba. Desandó los pocos pasos y con él corría el viento. Pisoteaba y el viento le avivaba las llamitas que se iban por un perímetro más amplio. Se le fue y se desesperó. Castigaba el suelo con su campera pero era vano. Pensó que podría hacer de guardafuego el camino de entrada al casco.

Corrió hacia el galpón para avisar a los otros y el viento corría en sentido contrario. Antes de ingresar volvió a mirar atrás, con angustiada esperanza.

Un cardo ruso en llamas cruzaba el camino.

El fuego agónico pierde sus mañas. Las voces se superponen y apuran historias. Si hasta el viento se contiene para irrumpir en sus últimas barridas.

Las figuras se inquietan.

Era tapera de gente.

El yuyal reclamaba entrar y algunos pastos habían tomado la vereda

de ladrillos de lo que fue una galería. También varias esquinas de los techos. Así la vieja casa se integraba más a la vegetación feraz que se expandía con las lluvias de diciembre.

¡Cuánto verde!

El suelo era verde, el piso verdeaba, se movían a sus anchas las culebras verdes y se quedaban esperando a los bichos los sapos en la angulosa tranquilidad de los zócalos.

La camioneta del patrón empujaba la maleza en un acercamiento decidido a la construcción cedida a la exhuberancia del calor húmedo y la tierra gorda.

El conductor, sin moverse del asiento, una vez detenido el vehículo le dijo al nuevo empleado:

–Acá vas a vivir vos.

Una noción celeste puja desde lejanos lugares. Va a acabar con la noche, siempre igual.

Las voces dejan sus dichos en suspensión de aire negro. El aire negro será viento, las voces serán historias y las figuras voces viajeras.

La llama se extingue.

–Vas a criar los guachos –sentenció.

En el campo se trabaja, para el patrón o para la casa, pero se trabaja. Entonces fue que el padre le ordenó al hijo.

El chico salía temprano a la escuelita, que quedaba a la par de la fábrica

de enfrente, separada, en rigor, por la maloliente laguna del suero. Hacía el trayecto de a pie. A veces lo acercaban en el carro, pero sólo cuando llovía y el camino brillaba. En esas ocasiones lo llevaba la madre, para que llegara limpio.

A la vuelta de la escuela el chico reponía balanceado en los baldes de las estacas. Se aseguraba también de que los terneros tuvieran agua.

Seguía el paso de los días para saber si debía correr las estacas en procura de sombra para sus mantenidos.

–Le va a hacer bien al hijo –dijo el patrón al peón–. Que se haga al trabajo, y que no descuide la escuela.

La madre, que presenciaba, bajó la mirada.

El día trae el trabajo. Y luz.

Gente que labra, que riega, que cría, que abona y que siega.

Una realidad dura.

Y silencio.

CITADINAS

El río no dejaba de pasar y de repente se vio encajonado por dos ciudades.
Así fue en un principio.
El río de hoy es el olvido hecho agua.
Es el lugar para no ir.
Lo supo siempre el viento.
Esta es la queja de un viento de las pampas.

Raulito. Me llaman Raulito. Tengo casi sesenta y todavía me llaman Raulito. Que estoy acá, hace unos tres años. Me crié en el campo, como muchos.
El campo es todo acá, la gente vive del campo. De muchacho me instalé pasando el puente, en la otra ciudad. Pero trabajé allá y acá. Oficios. No sé; plomero, pintor, también fui albañil.
La verdad, me vine del campo para entrar en una fábrica. Y entré. ¡Qué felicidad! Doce años estuve. Después me cesantearon.
Las luces se arriman y los caminos se ensanchan.
Son los accesos, cargados de carteles y señales.

Son las venas gruesas por las que se conduce la gente apurada que abandonó los campos.
La gente inquieta que no soportó la espera por la lluvia ni la paciencia de la tierra.

Siempre seguí con los oficios.
Si se hicieron casas… Las dos ciudades crecieron. Si las habré recorrido en bicicleta… Me cruzaba el bolso de cuero con las herramientas y salía. A veces llevaba una escalera. Y, es la vida del laburante.
Ahora no trabajo más. Reuma, las coyunturas; no tengo fuerza en los dedos. Me mudé a esta casita. De paso, estoy más cerca del médico.

Los puentes son burlas al río.
Es que el río ya estaba andando, pero las ciudades se ubicaron una de un lado y otra en el de enfrente y de tan separadas quisieron comunicarse. Y de tan juntas la gente pudo unir las villas cruzando a pie el río.
Pero el progreso trajo los puentes y a no mojarse que no hace falta.
Así es que es difícil tener presente al río.

Los hijos de los chacareros llenaron las ciudades. Vienen por estudios.
También, menos sacrificio.
El campo es duro. Si lo sabré yo, lo que me costó de pibe. Lo peor es el tambo. Antes sí que era bravo. Ahora, con las máquinas…

Los trenes son ríos que tajean las villas.
Las ciudades son la gente que se mueve en sus autos, en sus zapatos, pero que se mueve.
A la pampa se le agregaron los ríos de los hombres.

Los fines de semana los changos de los campos vienen a la ciudad. Se los ve los sábados a la noche.
Dan unas vueltas al centro.
Es gracioso ver cómo se sientan juntas dos parejas en el asiento de la chata.

¿Y estas ciudades que van de punta hacia el cielo?
Unas columnas de cemento cargadas de gente perturban a la tierra sin confines.
A las tierras de mirar a lo lejos le crecieron unos pescuezos erguidos para otear desde más alto y ver el mismo espacio inmenso.

Vienen cada tanto a ver al contador. Lo consultan, lo respetan.
Los contadores de acá tienen cantidad de colonos, que atienden.

El río manso vivorea en la pampa.
Lo enojan los cercos, barricadas con compuertas que le imponen un comportamiento desacostumbrado.

Lo aprietan las paredes, distinto a la planicie que casi no lo contiene; es que el río se derrama en esa playa infinita y verde.

Te das cuenta que se les casa una hija, por ejemplo, porque vienen los padres bien vestidos y entran a una mueblería y compran todo para la casa. Y pagan en efectivo. Pelean precio, pero pagan en efectivo.

La historia se asentó en las villas.
¡Cuánta historia que venía de antes!
¡Cuánta historia que se escribió en las ciudades!
También cuentan el campo, pero desde afuera pues las ciudades son el afuera de la pampa.
Y hoy día, como ser, todos los días o cada dos o tres días, a lo más, vienen a comprar algo a la ciudad. Semillas, químicos, gasoil.
A lo que van poco es al banco.

Qué hermosas puertas, qué memorables rejas. Esa casona es la historia.
Hay que verla. La vereda es angosta y la calle marrón.
Es una casa escondida, que siga así, apartada, agazapada.

Lo que les gusta comprar es tierra. Algún campito vecino, algo así. Si no, casa en el pueblo.

Acá compran departamentos. Yo les instalé baños a muchos constructores acá. Todo le venden al chacarero. No sé qué van a hacer con tantos departamentos.

Hay más sol en la villa pampa.
Pero las ciudades que olvidaron al río también descartaron al sol.
Crearon los habitantes, sombras. Se refugiaron de la luz y del viento.
Pero el viento lo supo desde siempre: las ciudades se encierran en sí mismas y si pudieran desafiarían al viento.

Son duros con la plata. Y siempre habla al último la mujer. Sí; como que a la plata la maneja la mujer. Guardan, guardan, pero la maneja ella.
Son ellas las duras con la plata.

El viento es de las dos villas y del río. Pasa orondo por una y silba en los clavos de cemento de la otra.
Juega. Se enoja.
Se puede convertir en gran viento, furioso y destructor, pero dura poco su furia. Es su carácter.
Está siempre, a veces encajonado con el río.

Los chicos que vienen al colegio en la ciudad no se quieren volver más al campo.

La televisión, el cine, los comercios. Eso les gusta de la ciudad, y tira.
En el campo se están quedando los viejos.

Las letras fijaron las verdades de la gente.
Las hojas inmensas de los diarios cruzan el río sin enterarse de los puentes.
Es el viento. Las lleva y las trae el viento.
Son palabras de todas las márgenes posibles del río.
Cuando pegan la cosecha cambian el auto. Si son varios hermanos, compran uno para cada uno, del mismo modelo, pero de distinto color.
El que primero elige color es el hermano mayor.
Es un contento verlos salir en fila de la concesionaria.

Y las casas viejas caen a golpes.
La villa de las puntas de cemento demuele, aplasta y se lleva.
La villa de enfrente es una mancha irregular que se expande.
El río está más encerrado.

Son desconfiados. Yo mismo era muy desconfiado, también. Todavía hoy voy tanteando.
En la ciudad son unos aviones. Te ponen enseguida un papel delante para que firmes.
El chacarero te lee todo, lee los remitos, las boletas, controla.

Las plazas son resistencia.
Son un afuera, un antes dentro de cada villa.
Son verde encerrado entre cemento. Prolijos baldíos hechos por los hombres.
Pampa residual confinada en las ciudades.
Son las postas del viento.

Cuando es buena la cosecha no hay festejos. Pero el comerciante de la ciudad los busca. Busca la plata fuerte, como quien busca al ganador de la lotería.
En mi época llegaban a los campos los recorredores, que te vendían libros, juguetes, cosas para la casa.
Ahora se gasta en la ciudad.

Las costaneras se miran.
Cada una cela a la de enfrente. Si crece, si sus árboles son más añosos, si la gente las transita.
Se espejan, se saben del mismo río.
Lo siguen, recorren como el fluido marrón, con tramos de gris y marrón de tierra, más claro que el color del río pero cortando la pampa con iguales caprichos.
Otra visita para ver es al médico, sobre todo cuando el colono trae a su madre.

En las salas de espera de los doctores se nota clarito al hombre ya grande que lleva a la madre para un control. Se nota porque el hombre es callado y obediente y la madre está seria y bien vestida.
Hay mujeres que sólo salen del campo para visitar al médico.

Los trenes trajeron su carga por los caminos de postas.
Y ahí estaba una villa y una surgió a la par ante la estática mirada del río.
Las estaciones que fueron, las que siguen siendo, son piedras angulosas que se dejaron caer a la vera de las vías.

Mal no les va. Se quejan. Siempre se quejan. Tienen razón, a veces; mucha gente de las ciudades no conoce.
Un decir: los pueblitos y los campos se van quedando sin trabajadores, quieren ser obreros, como yo quise. ¿Pero qué se le va a hacer, si el campo es tan duro?

Los parques anuncian los vientos.
Son gigantes con vegetación cuidada, con mesas de domingos de asado y caminos de curvas.
Son curvas como las del río, los mismos trazos no rectos de la llanura dominada por los habitantes de las villas.
El hijo más grande, como que debe ayudar al padre en el trabajo de la

tierra. También debe marcarles el camino a los más chicos.
Cuando vienen a la ciudad lo traen para presentarlo a los comerciantes, al contador. Me ha pasado: "Este es mi hijo mayor. En algún tiempo va a venir él solo, nomás."

Frenesí en las calles.
Las ciudades viven.
El río también es sobrevolado por las cintas grises.
Es una imagen movida pues corre el agua sin barcos y corren los coches sobre los puentes endurecidos.
Arriba el sol indica el día.

Viajan poco. Por trabajo sí, a ver un campo para arrendar, a comprar un tractor.
Algunos dicen de conocer el pueblito donde nació el padre o el abuelo. Pero queda en idea. No se toman vacaciones.
Los jóvenes gastan algo en viajes. Hay chacareros que nunca hicieron más viaje que del campo al pueblo.
Los ruidos son las ciudades.
Cambiaron la pampa.
La tarde contiene todos los sonidos: máquinas, voces, pájaros, viento, río.
El viento es el sonido entre los sonidos. Es ruido frío, es rumor tibio.

El viento es el portador, es el inquietante soplo que esparce los dichos.
El viento es una ciudad más otra ciudad en nuestros oídos.

Los hijos de los chacareros que pueden estudiar dejan el campo.
También pasa al revés: tantos hijos hay que dejaron los estudios para hacerse cargo del campo.

La siesta es una cuña de la pampa en las ciudades del río.
Es un dejar hacer al viento.
Es pampa como los parques y las plazas, inmiscuidas en las villas del movimiento, de la rugosidad sobre la planicie.
La siesta es pampa, luz y viento.

A la larga, todo sale de la tierra. Si lo entendieran los changos.
A mí no me preguntan, y no es que yo tenga consejos. Tengo estas manos inútiles y poco tiempo.

Las ciudades son los horarios por encima de las estaciones.
Los imponen las escuelas, las fábricas, las agendas.
La pampa es otro tiempo.
Es un horizonte largo hacia delante, un avance repetitivo, casi quieto.
Lo sabe el viento.
A las ciudades, se lo recuerda el viento.

De acá, más que nada, te choca el prepo de la gente. Eso que son ciudades chicas.
A mí me preguntaron, cuando me vine del campo, cómo me llamaba, qué quería hacer.
Raúl Sordi, les dije. Vengo a trabajar en una fábrica, una grande.
Mirá Raulito, la cosa no es tan simple, me advirtieron.
Pasé años duros. Abandoné el campo, después abandoné la loca idea de trabajar para siempre en una fábrica.

El gentío se repliega.
Huyen de los centros y de los comercios.
Las ciudades se repueblan en las afueras.
Los puentes se completan con los migrantes cotidianos que viven en ambos lados del río.
Las ciudades son dos y son una.

No quiero ser injusto. Pude vivir con mi familia. Tengo esta casita.
Por ahora, me aguanto los dolores. El doctor me trata bien. Son los dolores de los años bien vividos, me dice el doctor.
Son los dolores de los años de sacrificio, pienso yo. A lo mejor, que nunca me hallé del todo.
Son cosas que pienso.
El atardecer demarca las avenidas.

Las farolas aparecen con su incandescencia.
Las luces pintan a las ciudades de modernas, de adultas, de encantamiento.
Pero el río, semioculto por las luces lejanas a su cauce, sabe que sus ciudades son el día. Son la alteración de la tierra plana, que se movilizan a la luz del sol y que, vigilantes con unos pocos focos, duermen con un ojo abierto atentas a la pampa que las inquiere.

Qué va ser del campo, no sé.
A los más jóvenes los veo con ganas de venirse a las ciudades. No los culpo, yo lo hice.
De la tierra que trabajamos no nos quedó nada. A veces quiero volver a verla, no es lejos de acá. No me decido.
Falta que me haga mal.

La noche ya dio fondo a las pecas brillantes.
Las ciudades dormitan; también por la noche se miran entre sí.
El río reproduce unas pocas luces largas que caminan sobre el agua uniendo las dos orillas.
Cada villa se refleja en el río, que está más liso pues el aire se aquieta.
Es tiempo de que el viento galope en las pampas.

PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Eduvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Pablo Durán nació el 01 de mayo de 1972 circunstancialmente, en Córdoba. Vivió en Villa María hasta el año 2000, ciudad donde estudió y trabajó en diversas empresas pequeñas de los rubros agropecuario y agroindustrial. También realizó actividades ligadas a la educación técnica en alimentación. Desde mediados de 2000 reside en la ciudad de Córdoba. También por entonces comenzó a escribir ficción y a desarrollar actividades vinculadas con la literatura. Ha publicado, hasta el momento, *El Ciclo de los Objetos Perdidos* (Cuentos y relatos breves, 2000). Ediciones del Corredor Austral, Córdoba. *La Cadena de Mate Chatarra*, (Novela breve, 2003), Ediciones del Corredor Austral, Córdoba. *La Última Jarana* (Novela fragmentaria, 2005), Editorial Fojas Cero, Córdoba y *121* (Novela, 2008), Ediciones Recovecos, Córdoba.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA